



Aventureras

© Silvina Quintans, 2026

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Elena Luchetti

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Armado de interior: María Florencia Varela

1ª edición: noviembre 2026

ISBN 978-950-02-1861-0

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,

Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en noviembre de 2026.

Tirada: 3000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Quintans, Silvina

Aventureras / Silvina Quintans. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

El Ateneo, 2026.

272 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-950-02-1861-0

1. Biografías. 2. Mujeres. 3. Crónica de Viajes. I. Título.

CDD A860

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



Aventureras

HISTORIAS DE MÍSTICAS,
REVOLUCIONARIAS Y PIONERAS



SILVINA QUINTANS

 Editorial El Ateneo





ÍNDICE

PRÓLOGO: ATREVERSE A OTRAS VIDAS

LAS QUE BUSCARON LA ESPIRITUALIDAD

EGERIA, LA PRIMERA PEREGRINA QUE RELATÓ SUS VIAJES (VIAJÓ ENTRE 381 Y 384)	15
ISABELLE EBERHARDT, LA EXTRANJERA QUE SE ENTREGÓ AL DESIERTO (1877-1904)	37
ALEXANDRA DAVID-NÉEL, LA AVENTURERA QUE CONQUISTÓ EL HIMALAYA (1868-1969)	61

LAS QUE HICIERON REVOLUCIONES

MARÍA REMEDIOS DEL VALLE, LA CAPITANA QUE LUCHÓ CONTRA EL SILENCIO (C.1766-1847)	93
LEONA VICARIO, LA INSURGENTE QUE LEGÓ SU FORTUNA A LA INDEPENDENCIA (1789-1842)	119

LAS QUE SE ENAMORARON DE ÁFRICA

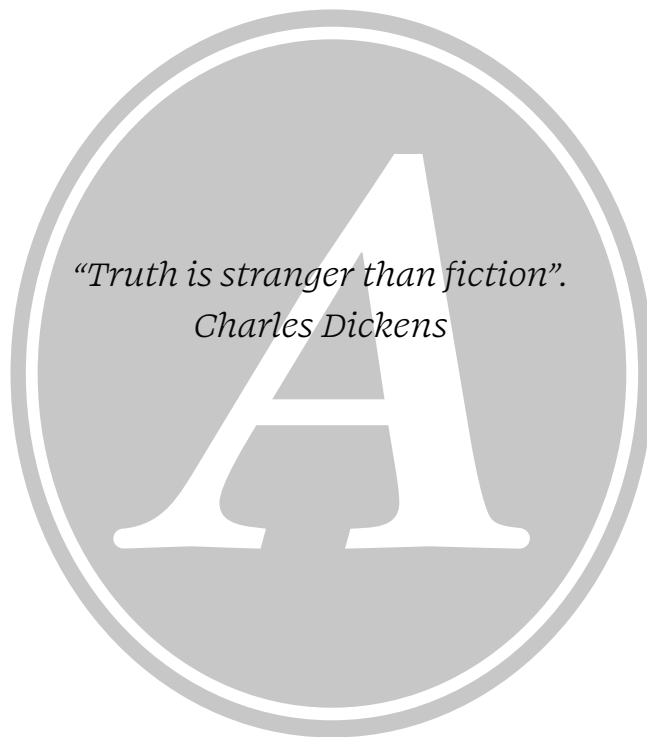
KAREN BLIXEN, LA ESCRITORA QUE TUVO UNA GRANJA EN ÁFRICA (1885-1962)	153
BERYL MARKHAM, LA AVIADORA QUE CONQUISTÓ LA NOCHE (1902-1986)	181

LAS QUE ELIGIERON LA PATAGONIA

ILSE VON RENTZELL, LA ANDINISTA QUE CONQUISTÓ LOS HIELOS CONTINENTALES PATAGÓNICOS (1893-1985)	207
RENÉE DICKINSON, LA PIONERA DE LA CASA DE TÉ (1910-1943)	227
CARLOTA THUMANN, LA FOTÓGRAFA DE LA PATAGONIA (1917-2009) ...	241

A MODO DE DESPEDIDA	253
MARCAS MENCIONADAS	254
BIBLIOGRAFÍA	258
AGRADECIMIENTOS	264
CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES	266
LA AUTORA	271

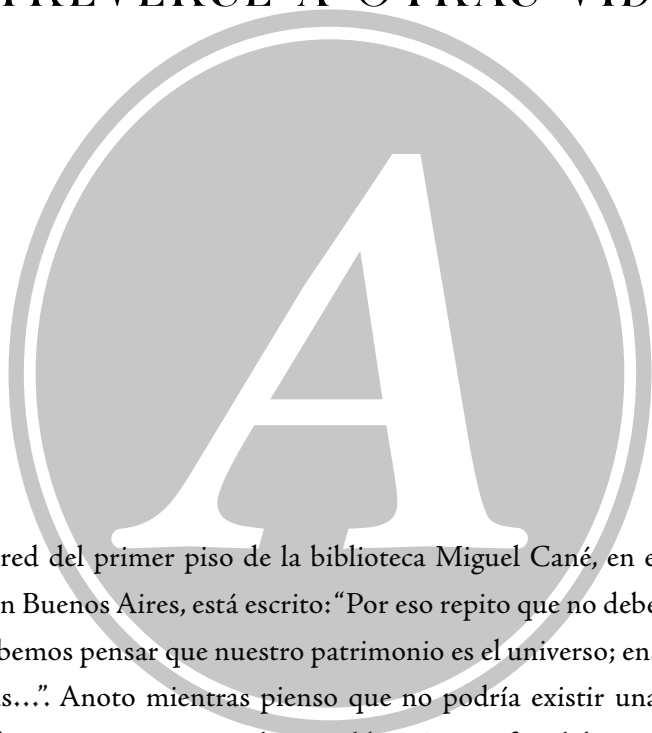




*“Truth is stranger than fiction”.
Charles Dickens*

PRÓLOGO

ATREVERSE A OTRAS VIDAS



En la pared del primer piso de la biblioteca Miguel Cané, en el barrio de Boedo, en Buenos Aires, está escrito: “Por eso repito que no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas...”. Anoto mientras pienso que no podría existir una frase más apropiada para empezar a escribir este libro. Borges fue el director de esa biblioteca: me rodean sus palabras y sus fotos en blanco y negro. Las historias que voy a contar son las de mujeres que siguieron su máxima: se apropiaron del universo y se animaron a todo.

Acomodo mi computadora en un antiguo escritorio de madera y vuelvo a leerla mientras copio un texto de Isabelle Eberhardt con el que estoy trabajando: “Y la eterna, la misteriosa y angustiosa pregunta se plantea una vez más: ¿dónde estaré, en qué tierra y bajo qué cielo dentro de un año a esta

misma hora?”. Cada una de las aventureras de este libro se habrá hecho esa misma pregunta: toda aventura va acompañada de riesgo y, por lo general, de miedo. No son heroínas, sino mujeres que cometen errores, tienen temores, prejuicios, se equivocan, se caen, se levantan. Personas detrás de velos que tal vez no podamos quitar.

¿No sería más cómodo quedarse en casa —como ordenaban las reglas sociales— que salir a pilotear aviones, escalar montañas o peregrinar por el desierto? ¿Qué las impulsó a desafiar lo que se esperaba de ellas? Para descubrirlo hay que sumergirse en sus historias, ver cómo fueron sus infancias, qué circunstancias las empujaron, pero también las decisiones, la voluntad, la resiliencia.

Hace tres años publiqué *Viajeras. Historias de aventureras, exploradoras y piratas* (El Ateneo, 2023), donde contaba las vidas de diez mujeres que salieron a recorrer el mundo entre los siglos XVIII y XX. Este libro tiene el mismo espíritu y también surgió de las historias que conté en radio Continental durante un ciclo al que los oyentes se sumaron con entusiasmo. Eran tiempos de pandemia en los que la gente estaba confinada en sus casas y la radio funcionaba como un fogón alrededor del que nos juntábamos a compartir viajes y aventuras.

La novela de aventuras es un género muy exitoso porque, con el mismo efecto que cuando subimos a la montaña rusa, reproduce el riesgo entre carriles seguros. *La Odisea*, *Don Quijote*, *La vuelta al mundo en 80 días* son libros en los que los protagonistas viven peripecias que se alejan de la vida cotidiana.

Pero ¿qué sucede cuando en lugar de ficción se trata de biografías?, ¿cómo se cuenta una vida?, ¿qué momentos se eligen? Mientras investigaba para el libro notaba que las historias se desviaban y daban giros inesperados, las protagonistas no reaccionaban como los personajes de una novela. La frase “la realidad es más extraña que la ficción” me acompañó todo el tiempo: escribir una biografía es dejarse llevar por vidas ajenas, aceptar que la experiencia nunca es lineal ni tiene explicación.

Hablar de personas que buscan la aventura en la vida real es aún más desafiante cuando se trata de mujeres, que siempre estuvieron ausentes en este tipo de relatos. ¿A quiénes imaginamos volando sobre el océano, conquistando los picos más altos del planeta, desafiando los caminos? Este libro se propone que empecemos a poner rostros femeninos a esas historias.

Durante el tiempo que lo escribí anduve sumergida en otros mundos: sentí el olor de las colinas de África, la humedad del aire en un vuelo nocturno, las piedras en las sandalias de una peregrina, la arena que se colaba entre los pliegues de un velo, el frío en una carpa entre los hielos patagónicos y el viento de una noche en el Himalaya.

Vuelvo al silencio de la biblioteca, me inclino sobre el teclado y escribo: “Isabelle se asomó a las cúpulas de El Oued desde la muralla del hospital donde estaba internada”.

La lectura también permite atreverse a otras vidas. Espero que, como me sucedió a mí mientras escribía, estas historias animen a los lectores a buscar las propias.



LAS QUE BUSCARON LA ESPIRITUALIDAD

Egeria

(viajó entre 381 y 384)

Isabelle Eberhardt

(1877-1904)

Alexandra David-Néel

(1868-1969)

“Si has oído el llamado del Oriente, ya no oirás otra cosa”. La frase de Rudyard Kipling que solía citar Borges resuena en las historias de estas tres mujeres que, como muchos otros, buscaron sus caminos espirituales fuera de Occidente. Viajaron atraídas por la sabiduría de otras culturas y dejaron testimonio de sus recorridos, en los que profundizaron su búsqueda interior a través del cristianismo, el islam y el budismo. Egeria, con su peregrinación a Tierra Santa en el siglo iv, es considerada una de las primeras viajeras que documentaron su expedición por escrito. Isabelle Eberhardt y Alexandra David-Néel hicieron sus recorridos a comienzo del siglo xx, alejándose de una Europa que se debatía entre la Revolución Industrial, las guerras y el colonialismo.



Retrato imaginario de Egeria, realizado a partir del detalle de un retrato realista de autor anónimo, pintado sobre madera en el siglo IV.



Egeria,

LA PRIMERA PEREGRINA QUE RELATÓ SUS VIAJES (VIAJÓ ENTRE 381-384)

La dama avanzó por el valle hacia el Monte de Dios con su escolta de monjes y anacoretas. A medida que se acercaba, descubría que las montañas que parecían una sola se abrían como los dedos de una mano. Atravesaron la llanura en la que, según el Antiguo Testamento, el pueblo de Moisés había levantado el becerro de oro durante los cuarenta días y las cuarenta noches que tardó el profeta en recibir las Tablas de la Ley. Antes de continuar, la mujer contempló el paisaje sobre el que había leído tantas veces, como si quisiera llevárselo con ella. Desempolvó los fragmentos de la Biblia que la acompañaban desde tan lejos, rezó y leyó los pasajes del Éxodo que habían transcurrido en la misma planicie por la que ahora caminaba.

Al anochecer, Egeria y su séquito acamparon a los pies del monte, amparados por la hospitalidad de un sacerdote y de los eremitas que habían salido de sus cuevas para recibirla. No había amanecido todavía, cuando la mujer y los religiosos empezaron el ascenso. Tuvieron que dejar sus monturas al pie de las montañas para escalar las cimas. Trepaban con esfuerzo en línea recta, pero cada vez que terminaba una pared, comenzaba otra ladera aún más empinada y rocosa. Por momentos se quedaban sin aliento, pero sentían que las fuerzas de Dios los impulsaban.

A las diez de la mañana de un domingo del año 383, la dama y sus acompañantes conquistaron la cima más alta de aquel macizo de roca: el monte Sinaí. Desde allí la vista se abría en todas direcciones: Egipto, Palestina, el mar Rojo. En la pequeña iglesia de la cumbre, Egeria leyó otra vez la Biblia, rezó y agradeció a Dios. Para eso había viajado: para demostrar su fe y para ver por sí misma los lugares santos sobre los que tanto había leído.



Monte Sinaí.

Unas décadas antes del viaje de Egeria, el emperador romano Constantino, convertido al cristianismo, había terminado con las persecuciones religiosas. En el año 326, su madre, Elena de Constantinopla, viajó a Tierra Santa para ubicar cada uno de los sitios en los que habrían sucedido los relatos de la Biblia. Con la dedicación de una arqueóloga rescató la reliquia de la Vera Cruz —en la que Jesús habría sido crucificado—, señaló los lugares del nacimiento, la pasión y la crucifixión de Cristo y mandó a construir iglesias como la de la Natividad y el Santo Sepulcro. Su recorrido inspiró a miles de

peregrinos de distintas partes del Imperio Romano que llegaron en busca de los lugares señalados.

Nuestra dama no fue la primera que encaró el largo viaje hacia Medio Oriente. Durante el siglo IV, después del periplo de Elena de Constantinopla, muchas mujeres cultas y adineradas del Imperio viajaron en busca de la espiritualidad. Melania la Anciana, rica dama de origen hispano, se retiró al desierto y fundó una comunidad en el Monte de los Olivos. Paula de Roma, otra acaudalada viuda, dejó sus bienes para instalarse en Belén, donde fundó, junto con san Jerónimo, albergues y monasterios.

Aunque estas mujeres tenían gran poder y cultura, algunos las veían con malos ojos. San Gregorio, obispo de Nisa (Capadocia), escribió en su Epístola Segunda: “Es imposible para una mujer realizar un viaje tan largo sin un guía; debido a su debilidad natural (...) las posadas, hosterías y ciudades de Oriente presentan muchos ejemplos de licencia e indiferencia hacia el vicio. Así pues, ¿cómo será posible que alguien que pase por tal humo escape sin escozor en los ojos?, ¿cómo será posible atravesar sin infección tales focos de contagio?”. ¿Qué distinguía a Egeria de tantos otros y otras que peregrinaban en busca de un camino espiritual? Imaginémosla después del atardecer, cuando se quitaba las sandalias y descansaba del trajín del día. A diferencia de los demás, ella escribía cartas a sus “*dominae et sorores*”, las señoras y hermanas que habían quedado lejos. Escribía para que sus amigas que no habían podido viajar vieran los lugares santos a través de sus ojos.

“Quiero que sepáis una cosa, venerables señoras y amigas mías, y es que desde la cumbre de aquel promontorio que se alza en medio de los otros, veíamos tan por debajo de nuestros pies todos aquellos montes que tanto trabajo nos había costado escalar y que rodeaban a este pico central en el que nos encontrábamos, que desde aquí parecían insignificantes”, escribió después de subir al monte Sinaí.

Las cartas, aquel afán de registrar cada experiencia, la convirtieron en una de las primeras viajeras que pusieron sus relatos por escrito. Historias contadas por una mujer para otras mujeres.

UN MANUSCRITO MISTERIOSO

En 1884, el erudito italiano Gian Francesco Gamurrini, rector de la Biblioteca de la Confraternidad de los Laicos, en el centro de la ciudad de Arezzo, en el norte de Italia, descubrió un manuscrito medieval que llamó su atención. El códice comenzaba con un detalle de los himnos y tratados teológicos de san Hilario de Poitiers en un latín clásico y formal, pero, algunas páginas más adelante, el tono cambiaba por completo: los textos parecían escritos por otra mano, con un lenguaje informal, con repeticiones y giros poco habituales en los pasajes religiosos. La primera frase estaba empezada, y además faltaba el principio, la mitad y el final.



Códice conservado en la Biblioteca de Arezzo.

A medida que avanzaba en la lectura, se convenció de que se trataba de dos textos diferentes encuadrados en el mismo volumen, pero que nada tenían que ver entre sí. Ambos escritos habían sido transcritos a mano por monjes copistas en un monasterio. Pero ¿de dónde provenían y a quién pertenecían esas páginas que eran diferentes a todo lo que venía leyendo?

El origen de la copia fue fácil de rastrear: los rasgos de la escritura solo podían pertenecer a la abadía de Montecassino, en el sur del Lacio, a 130 kilómetros de Roma. Allí, durante la Edad Media, en el silencio de la biblioteca, los monjes se dedicaban con paciencia a reproducir un extenso catálogo de libros antiguos. Por sus características, el manuscrito que encontró Gamurrini había sido copiado en la abadía ocho siglos antes.

ABADÍA DE MONTECASSINO

La abadía benedictina de Montecassino está ubicada en la cima de una colina del Valle Latino, a unos 520 metros de altitud. Allí san Benito de Nursia estableció su primer monasterio en el siglo IV, pero su apogeo fue entre 1058 y 1087, cuando, bajo la dirección del abad Desiderius, llegaron alrededor de doscientos monjes y artistas para remodelar el edificio y trabajar en el *scriptorium*, donde se copiaban manualmente escritos clásicos y religiosos. Allí se desarrolló la “escritura beneventana”, tipo de caligrafía muy elaborada y con características inconfundibles por la forma de las letras, las ligaduras complejas y el contraste entre trazos gruesos y finos. Como todavía no existía la imprenta, la labor de los monjes resultó fundamental para conservar textos como las cartas de Egeria, que de otra manera se hubieran perdido. El edificio fue saqueado por las tropas de Napoleón en 1799 y bombardeado por los aliados en 1944. La abadía se reconstruyó después de la guerra con financiamiento del Estado italiano.

Lo que intrigaba al investigador era el relato extraño que había aparecido entre los escritos de san Hilario. Como se trataba de una copia, resultaba difícil establecer qué antigüedad tenía lo que relataba el original. Después de un minucioso trabajo, llegó a la conclusión de que había sido escrito a fin del siglo IV. Se trataba de textos en primera persona, en latín vulgar, que relataban un viaje a Tierra Santa. El tono coloquial lo había sorprendido, pero quedó atónito cuando leyó algunos términos en femenino, que daban cuenta de que la narradora era una mujer. Más aún, estaba dirigido a unas tales “*dominae et sorores*” (señoras y hermanas), “*dominae venerabiles sorores*” (venerables señoras

hermanas) o "*dominae lumen meum*" (señoras luz mía), a quienes contaba, en las páginas iniciales, cómo había logrado subir hasta la cima del monte Sinaí.



Abadía de Montecassino.

Gamburrini había encontrado un tesoro: un epistolario muy antiguo escrito por una mujer para otras mujeres. Pero ¿quién era la protagonista de las cartas? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde provenía? Las respuestas tardarían muchos años en llegar.

MANZANAS, FRUTOS Y OBSEQUIOS

Un sacerdote que vivía en la pequeña iglesia de la cima del monte Sinaí condujo a la peregrina hasta la cueva donde se había alojado Moisés la segunda vez que recibió los mandamientos. Después los monjes de la región le obsequiaron lo poco que tenían: manzanas y frutos que cultivaban en la ladera de la montaña.

La hospitalidad sostuvo gran parte del viaje de la dama: fue guiada a los lugares santos por eremitas, monjes e incluso obispos, se hospedó en sus moradas, compartió su mesa, rezó con ellos, leyeron juntos las Sagradas Escrituras

y le entregaron “eulogias” —frutos, reliquias, objetos— como recuerdo.

Egeria recorrería durante tres años los caminos a pie, a lomo de mula, en camellos que encontraban su camino antes de que el sol quemara los senderos.

Había llegado a los confines del mundo para seguir los pasos de santos y profetas. Ahora descendía del monte hasta el lugar en el que Dios había hablado por primera vez a Moisés a través de una zarza que no dejaba de arder. “Hubimos de regresar al principio del valle, porque había por allí muchísimos monasterios de hombres santos y una iglesia en donde está la zarza, la cual, por cierto, hasta el día de hoy está viva y produce ramas”, escribió. Allí, donde Dios ordenó a Moisés

EL CURSUS PUBLICUS

El Imperio Romano se mantenía comunicado gracias a un ingenioso sistema de mensajería y transporte supervisado por el Estado. Para ello se calcula que habían construido una amplia red de alrededor de cien mil kilómetros de calzadas pavimentadas con piedras, a las que se agregaban otros miles de kilómetros de caminos secundarios. Se utilizaba para el transporte de los funcionarios, la mensajería, las tropas, los productos y, sobre todo, los recaudadores de impuestos. Los particulares necesitaban un permiso especial. Para que los viajeros pudieran trasladarse con comodidad, las rutas tenían “mansiones”, donde se podían detener a dormir, comer y dar reparo a los animales, distribuidas a una jornada de distancia unas de otras, entre 30 y 45 km, a fin de garantizar el descanso nocturno. En el medio se encontraban las “mutaciones” o estaciones de cambio, que proveían agua, comida y relevos de animales. En los lugares más conflictivos estos refugios eran custodiados por tropas.

que desatara la correa de sus sandalias y se las quitara porque había llegado a Tierra Santa, rezó junto a un huerto y a una fuente de agua.

Antes de descansar, compartió otra vez su emoción con sus venerables hermanas: “Todo ello se fue anotando por escrito puntualmente, porque era imposible retener tantas cosas en la memoria. Mas cuando vuestro interés estudie los libros santos de Moisés, todo lo que allí sucedió lo comprenderá mejor”.

Cuando recobraron fuerzas, la viajera y sus guías siguieron camino por el desierto, a orillas del mar Rojo, donde las patas de los camellos se hundían en el agua y por dunas en las que las huellas se borraban en la arena. En Egipto se unieron a la red de calzadas romanas, donde encontraron cobijo en las “mansiones”, albergues en los que pudieron dormir, comer y cambiar los animales. En los tramos más peligrosos se desplazaron con la custodia de soldados romanos.

Después de cruzar el desierto, la viajera se encontró con tierras ricas en viñedos, frutales y huertas: “Nuestro camino se deslizaba siempre ajustado a la margen del río Nilo, entre abundantísimos cultivos que fueron, en otros tiempos, fincas pertenecientes a los hijos de Israel. En fin, qué puedo añadir, creo que nunca en mi vida había visto una tierra tan fértil”.

El camino al Sinaí y Egipto por los lugares del Éxodo fue uno de los viajes que hizo Egeria desde Jerusalén, pero todavía le quedaba mucho por recorrer.

EL VERDADERO NOMBRE DE LA VIAJERA

El erudito Gian Francesco Gamurrini, que había encontrado el antiguo manuscrito entre los estantes de la biblioteca de Arezzo, pronto pudo establecer que los viajes se realizaron a fin del siglo IV. Investigaciones posteriores precisaron la fecha entre los años 381 y 384. Para ello, los estudiosos armaron un ingenioso rompecabezas con nombres de obispos y personajes que se mencionaban en las cartas, descripciones litúrgicas y precisiones geográficas.

Del texto surgía que la viajera era una dama culta y letrada, que tenía un amplio conocimiento de las Escrituras y las utilizaba como guía de viajes. Tenía los recursos para viajar por los caminos más recónditos, donde era recibida tanto por obispos y funcionarios como por los anacoretas que vivían en el desierto.

Más allá de su indiscutible valentía, tuvo privilegios a los que pocas personas accedían, como ser escoltada por soldados romanos. Los viajeros particulares necesitaban un salvoconducto expedido por una alta autoridad

del Imperio para utilizar el “*cursus publicus*” y albergarse en las “mansiones”. Nuestra viajera era una mujer importante que llevaba esta clase de documento que le abría las puertas de los lugares a los que se proponía llegar. Pero ¿cómo se llamaba?, ¿de dónde provenía?



Parte del *cursus publicus* era la Via Domitia, que recorría aproximadamente 500 de los 100.000 km totales.

Aunque el nombre de la protagonista no aparecía en el texto, Gamurrini dedujo que se trataba de la peregrina gala Silvia de Aquitania, porque el manuscrito hacía una referencia al río Ródano. Sin embargo, en 1903, casi veinte años después, el historiador y monje francés Marius Férotin encontró una carta del siglo VII que cambiaría la historia.

En la carta el religioso hispano Valerio del Bierzo hacía un extenso relato del viaje de una peregrina a la que llamó Etheria o Egeria. Los detalles coincidían con el recorrido del texto descubierto por Gamurrini. En un latín formal y ampuloso, el abad se dirigía a los monjes de la época: “Cuando

contemplamos los hechos virtuosos de los varones más fuertes y santos, más se destaca la constante práctica de la virtud en la fragilidad de la mujer, tal y como nos refiere la preclara historia de la bienaventurada Egeria, superior en fortaleza a los varones de su siglo (...); esta bienaventurada monja Egeria, consumida por la llama del deseo de la gracia divina, emprendió un largo periplo por todo el orbe, con todas sus fuerzas y con un corazón intrépido”. Aparece por primera vez el nombre Egeria, que luego figuraría de distintas maneras en la propia carta o en catálogos de bibliotecas: Aetheria, Exeria, Etheria, Heteria, Geria, Eucheria, entre otros. Egeria es el nombre aceptado por la mayoría de los estudiosos.

El abad describía en detalle el itinerario de la peregrina, que coincidía con el manuscrito de Arezzo, e incluso hacía referencia a las partes faltantes, donde se describen los viajes previos. El ejemplo de Egeria serviría a los monjes para no flaquear en su búsqueda de Dios: “¿Cómo no enrojecemos de vergüenza nosotros, que gozamos de vigor corporal y buena salud, viendo cómo una mujer siguió el ejemplo santo del patriarca Abraham y, por alcanzar el premio sempiterno de la vida eterna, prestó la fortaleza del hierro al frágil sexo femenino?”, se preguntaba.

Pero ¿de dónde venía aquella mujer que había llegado hasta los rincones más lejanos del mundo conocido? La carta de Valerio del Bierzo daba una pista: “Ella, surgida de la más remota orilla del mar océano occidental, se dio a conocer al Oriente”.

LA VIAJERA CURIOSA

Durante su larga estadía en Jerusalén, Egeria emprendió varias expediciones. Luego de su viaje por Egipto y el monte Sinaí, quiso conocer el monte Nebo —en la actual Jordania—, donde Moisés vio la Tierra Prometida antes de morir. Partió de la ciudad acompañada por un presbítero y varios monjes. Cruzaron el río Jordán y en el camino tomaron agua de un manan-

tial, donde, según los ascetas que vivían en la región, el propio Moisés había dado de beber a los “hijos de Israel en este desierto”.

El ascenso al monte fue trabajoso, algunas partes pudieron hacerlas a lomo de burro y otras trepando por las piedras. Desde la cima vieron con emoción la tierra que Moisés no había podido pisar: “Pudimos apreciar el sitio en el que el río Jordán desemboca en el mar Muerto, parajes que, dada nuestra posición, aparecían bajo nuestros pies (...). También se divisaba la mayor parte de Palestina, Tierra de promisión, así como toda la ribera del Jordán, en cuanto alcanzaba a abarcar la mirada”.

Distinguieron desde las alturas la antigua ciudad de Jericó y las ruinas de poblaciones que habían quedado reducidas a cenizas. Fue entonces cuando un monje le señaló el lugar en el que, según el Antiguo Testamento, la mujer de Lot se habría convertido en estatua por mirar hacia atrás. La viajera, devota pero no ingenua, relató así la historia a sus amigas: “Creedme, venerables señoras, lo que es propiamente la columna no aparece por ningún lado (...); la estatua propiamente dicha se asegura que fue tragada por el mar Muerto. Pero cuando nosotros inspeccionamos el paraje, no vimos estatua por ninguna parte, no puedo engañaros al respecto”.

En otro de los senderos del desierto encontraron a un hombre en una ermita. Egeria se detuvo, como hacía cada vez que se cruzaba con alguien: “Entonces yo, que soy un tanto curiosa, pregunté enseguida qué valle era aquel”. Egeria preguntaba, indagaba y exploraba guiada por el impulso de las grandes viajeras: la curiosidad. En sus cartas contaba cómo se desviaba cada vez que encontraba algo que le llamaba la atención, o cuando un asceta le contaba sobre una fuente, una cueva o cualquier lugar sagrado que no estaba en su itinerario.

También se desviaron cuando un religioso les indicó el huerto de San Juan con el manantial donde el santo hacía sus bautismos. La peregrina se guiaba por los textos sagrados, pero estaba abierta a las aventuras, a conversar con todos, cualquiera fuera su condición social. La atraían los eremitas, personas que se habían retirado y vivían en las más absolutas pobreza y austeridad,

muchos en “monasterios”, como se llamaba a las humildes moradas para una sola persona o a las pequeñas comunidades del desierto.

De regreso en Jerusalén, en marzo del año 384, Egeria asistió a las Pascuas. En medio de la multitud que desfilaba por los lugares santos, la peregrina advirtió que el obispo estaba rodeado por dos fornidos diáconos que vigilaban el madero de la cruz mientras lo besaban los fieles. “Lo custodian de esta manera porque cuentan que, en cierta ocasión, alguien clavó los dientes y robó una astilla de la santa reliquia. Por eso, ahora los diáconos la vigilan, no sea que alguno se atreva a hacer lo mismo”.

Después de las Pascuas, Egeria consideró que ya era tiempo de regresar. Había permanecido tres años en Jerusalén y desde allí había peregrinado por desiertos, montes, manantiales y otros sitios sagrados. Había rezado en cada uno de aquellos lugares y había escrito a sus queridas hermanas para que pudieran verlo todo a través de sus ojos. Era el momento de volver a la patria.

DESDE EL FIN DE LA TIERRA

En el códice de Arezzo, Egeria menciona que después de haber pasado tres años en Jerusalén y orado en cada lugar santo, “acariciaba ya la idea de tornar a la patria”. ¿Pero qué patria era esa? ¿De dónde había partido y qué camino la había llevado hasta Jerusalén?

El manuscrito comienza con la subida al monte Sinaí, pero nada dice del trayecto anterior. A pesar de que el texto está incompleto, se pudo reconstruir gran parte del viaje a través del trazado de las vías romanas, la comparación con otros viajes de la misma época y la carta de Valerio del Bierzo. De allí surge una importante pista: “Ella, surgida de la más remota orilla del mar océano occidental, se dio a conocer al Oriente”.

Valerio escribe para su propia comunidad en El Bierzo, en León, localidad que formó parte de la provincia de Gallaecia, en la Hispania romana.

Estaba en el extremo noroeste de la península ibérica, en lo que para los romanos era el *Finis Terrae* (Fin de la Tierra), el punto más occidental frente al Atlántico. La provincia abarcaba lo que hoy es Galicia, el norte de Portugal, Asturias y parte de León y Zamora. El análisis del manuscrito muestra un latín vulgar con estructuras que podrían emparentarse con las lenguas romances del noroeste de España. El nombre Egeria, además, era utilizado en esas tierras. La teoría más aceptada, entonces, es que Egeria provenía de algún lugar de Gallaecia.

Luego de cruzar los Pirineos, habría tomado la Vía Domitia, la calzada más importante de la época. Cruzó el río Ródano, porque lo compara en sus cartas con el Éufrates. Llegaría a Constantinopla por tierra o por mar, para luego tomar la ruta que cruza por Capadocia, Tarso y Antioquía, que al regreso menciona como lugares en los que ya había estado.

¿Cómo pudo moverse con tanta libertad hasta los confines del Imperio Romano? Mencionamos que contaba con un salvoconducto expedido por una alta autoridad romana. En el 380, apenas un año antes del viaje de Egeria, Teodosio I dictó el Edicto de Tesalónica, que convertía el cristianismo en la religión oficial del Imperio. El emperador también había nacido en Hispania, en Coca, en la actual región de Segovia.

¿Existió algún parentesco entre Egeria y el emperador? ¿Tuvo el viaje alguna relación con el Edicto de Tesalónica? Las preguntas aún no tienen respuesta, aunque es claro que el edicto hizo que se asegurara la red de postas del *cursus publicus* por el que transitó la peregrina.

La pregunta que queda por responder es quiénes eran las “*dominae et sorores*”, las “damas y hermanas” a las que escribía sus cartas. Hay quienes afirman que Egeria fue una monja que escribía a las religiosas de su congregación; parte de esta idea se basa en la carta de Valerio del Bierzo —escrita tres siglos después del viaje— que menciona a la “monja Egeria”. Sin embargo, esta idea, que prevaleció durante muchos años, fue descartada por la mayoría de los investigadores. Para el momento en el que Egeria hizo su viaje aún no existían las órdenes religiosas ni las monjas con hábitos y reglas

monacales estrictas como las conocemos en la actualidad. De hecho, la peregrina se manejaba con total libertad y tomaba decisiones según su criterio. Lo que sí existían eran mujeres devotas que vivían en sus propias casas o en comunidades, dedicadas a los estudios y al servicio. Es posible que las “sorores” o “hermanas” a las que escribía fueran otras damas de alcurnia con las que compartía esas inquietudes espirituales.

El *Itinerarium Egeriae* o *Peregrinatio ad Loca Sancta* (Peregrinación a los Lugares Santos) sería reconocido por muchos investigadores como el primer relato de viajes escrito por una mujer.

CAMINO A CONSTANTINOPLA

Desde Jerusalén, la peregrina viajó por las calzadas romanas hacia la antigua Mesopotamia y cruzó en barca el río Éufrates, que corría con tanta fuerza que le infundió pavor, como contó en sus cartas. Ni el Ródano, el río que había atravesado en su viaje de ida por Europa, se desplazaba con tanto ímpetu. Se internó luego en las tierras de los antiguos sumerios, asirios y caldeos, pero no pudo avanzar hacia las históricas ciudades de Ur y Nínive porque en aquel momento estaban en manos de los persas.

Egeria buscaba los rastros del cristianismo y peregrinó hasta el sepulcro de Santo Tomás Apóstol, en la ciudad de Edesa (actual Sanliurfa, Turquía), donde fue recibida por el obispo, que, según su relato, se ofreció a guiarla: “Como veo, hija mía, que, impulsada por tu religiosidad te has tomado la molestia de venir hasta estos confines desde las tierras más apartadas, te mostraremos todos los lugares que hay aquí y que resultan tan apetecibles de ver para los cristianos”. Ella, que venía desde la lejana Gallaecia, uno de los rincones más apartados del Imperio, recorría santuarios, sepulcros y palacios con estanques llenos de peces.



Río Éufrates.

El obispo le contó la historia de las cartas entre Jesús y el rey Abgar, primer soberano que lo reconoció como hijo de Dios, de las que le entregó copias, que Egeria sumó a su equipaje para leer a sus hermanas cuando estuviera de regreso.

Mientras tanto, se encontraría con su gran amiga, la diaconisa Marthana, que sería una de las mayores alegrías de su viaje. Las mujeres no podían creer que el destino volviera a unir las a los pies del martirio de santa Tecla, en las afueras de Seleucia de Isauria (actual Silifke, Turquía). Se habían conocido tres años antes en Jerusalén y se reencontraban en las tierras en las que Marthana ejercía su ministerio, entre ascetas vírgenes que habían abandonado todo para vivir a los pies del santuario.

Las damas se abrazaron, compartieron sus experiencias y recordaron el tiempo que habían pasado juntas. No era casual que estuvieran junto al templo de santa Tecla, la mujer que había abandonado la vida familiar y peregrinado vestida de hombre para seguir su vocación espiritual. A los pies de la iglesia levantada sobre una colina, durante varios días Egeria rezó, leyó y conversó con su amiga y con los anacoretas de los alrededores.

Luego regresó a Tarso, la ciudad de san Pablo, desde donde continuaría por Capadocia y Galacia (Anatolia) hasta llegar a Calcedonia (actual distrito de Kadıköy, en la parte asiática de Estambul). Antes de cruzar el mar se detuvo frente al sepulcro de santa Eufemia, la joven mártir que había desafiado a las autoridades paganas y se había convertido en símbolo de rebeldía y resistencia a la opresión.



La veneración a santa Tecla se extendió por Occidente. La vemos, salvada de las llamas por dos ángeles en el retablo mayor de la Catedral de Tarragona. Bajorrelieve en alabastro policromado, obra de Pere Johan, primera mitad del siglo xv.

LAS PRIMERAS SANTAS

En su peregrinaje, Egeria se detuvo en los santuarios de mujeres que habían dejado huella en los tiempos iniciales del cristianismo. Según los Hechos de Pablo y Tecla, texto del siglo II considerado apócrifo, santa Tecla había sido una joven noble que pocos días antes del matrimonio planeado por su familia decidió seguir la prédica de san Pablo y huir de su hogar para llevar una vida de castidad. Fue condenada a morir en la hoguera y, luego, a ser devorada por las fieras, pero en ambas ocasiones fue salvada por milagros. Recorrió los caminos con el cabello corto y vestida de hombre, alentando a las mujeres a abrazar la vida espiritual, hasta que se recluyó en una cueva durante 72 años. En las puertas de Estambul, Egeria también visitó el sepulcro de santa Eufemia, noble hija de un senador que practicaba el cristianismo a escondidas. La joven fue capturada y se negó a rezar a los dioses romanos. Fue torturada brutalmente y, según la leyenda, devorada por un oso en la arena de Calcedonia.

¿FINAL DEL VIAJE?

Egeria atravesó el estrecho del Bósforo, y vio el perfil de la ciudad de Constantino con sus murallas, cúpulas, iglesias y columnas: “Llegué a Constantinopla, dando gracias a Cristo, nuestro Dios, que, siendo yo tan poco merecedora, se ha dignado otorgarme tamaña merced, esto es, ha querido concederme no solo el anhelo de ir, sino también las fuerzas necesarias para recorrer los lugares que deseaba, y tornar de nuevo a Constantinopla”, escribió a sus amigas.

Al salir de Jerusalén había manifestado su intención de volver a la patria, pero la curiosidad —tal vez— la llevaría por nuevos caminos. ¿Viajaría a Éfeso, como escribió a sus hermanas, para rezar junto al sepulcro de san Juan? ¿Se quedaría en Constantinopla? ¿Regresaría a su patria, en los confines del Imperio?



Actualmente el Bósforo puede cruzarse por un extraordinario puente colgante.

Todas estas preguntas aún no tienen respuesta. El manuscrito de Arezzo termina en Constantinopla, donde la peregrina se despide de sus señoras y hermanas con estas palabras misteriosas: “Ahora bien, si después de eso sigo con vida, si puedo llegar a conocer otros lugares, yo misma en persona, si Dios se digna otorgármelo, daré por cumplida a vuestra caridad; y si otros planes se apoderan de mi ánimo, os lo haré conocer a través de misivas. Por vuestra parte, señoras mías, luz de mi vida, dignaos mantenerme en vuestra memoria, tanto si continúo dentro de mi cuerpo como si, por fin, lo hubiere abandonado”.

No sabemos si Egeria continuó su viaje, si regresó, si se quedó en Constantinopla o si, gravemente enferma, escribió estas líneas para ser recordada. Los expertos siguen buscando pistas. En 2005, el prestigioso paleólogo catalán Jesús Alturo i Perucho recibió un mensaje de un coleccionista privado en Madrid que había adquirido un incunable, pero, más allá del valor del libro, le llamó la atención la cubierta: estaba forrado con un antiguo folio manuscrito. El dueño contactó al experto, que pudo identificar fragmentos

del viaje de Egeria, copiados en otro monasterio y anteriores al manuscrito de Arezzo.

El misterio de Egeria tal vez siga oculto entre los estantes de alguna biblioteca, donde quizás algún día descubramos cómo comienza su relato y cuál fue su destino final. Mientras tanto, sus palabras siguen tan vivas como cuando las escribió, hace 1700 años, con la curiosidad de su pluma.





Egeria

- ♦ Egeria (también llamada Aetheria, Exeria, Etheria, Heteria, Geria, Eucheria, entre otros) Peregrina cristiana, escritora de relatos de viajes.
- ♦ El *Itinerarium Egeriae* o *Peregrinatio ad Loca Sancta* (Peregrinación a los Lugares Santos), se convertiría —según algunos estudiosos— en el primer relato de viajes escrito por una mujer.
- ♦ Nació en el siglo IV d. C., probablemente en Gallaecia, antigua provincia de la Hispania Romana. No se conoce la fecha exacta de su nacimiento ni de su muerte.
- ♦ Entre los años 381 y 384 estuvo en Jerusalén y viajó por Egipto, Jordania, Siria y Turquía. Llegó en el año 384 a Constantinopla (actual Estambul), donde se pierde su rastro.

ALGO MÁS SOBRE EGERIA

- ♦ La copia que encontró Gamurrini sigue en la Biblioteca de Arezzo bajo el nombre de Codex Aretinus 405.
 - ♦ La biblioteca de Arezzo en la que Gamurrini encontró el manuscrito de Egeria, está en la plaza central de la ciudad, donde se filmaron escenas de la película *La vida es bella* de Roberto Benigni.
 - ♦ Los textos de Egeria están escritos en “*sermo cotidianus*”, latín vulgar o coloquial, donde ya se denotan rasgos de lo que luego serían las lenguas romances (español, francés, italiano, portugués, rumano, etc.).
 - ♦ El latín del texto es accesible y tiene un vocabulario limitado. Se ha contabilizado que utiliza 1267 palabras.
- 

- ♦ El manuscrito de Egeria se divide en dos partes: en la primera describe sus viajes y en la segunda, en un tono más formal, detalla la liturgia religiosa en Jerusalén.
- ♦ Se encontraron otros códices o manuscritos del viaje de Egeria, pero se trata de fragmentos sueltos o referencias hechas en otros textos como el de Valerio del Bierzo o el de Pedro Diácono. También figura el Itinerarium en los catálogos de bibliotecas que han desaparecido.
- ♦ En 1984 Correos de España lanzó una estampilla para conmemorar el XVI Centenario del “viaje de la monja Egeria al Oriente Bíblico”.
- ♦ En 2024 la RTVE (Radio y Televisión Española) estrenó el documental Egeria, la primera peregrina, dirigido por Luís Menéndez Villalva que reproduce el itinerario en escenarios naturales.



Estampilla homenaje de 1984.